

www.cuadernosdelaberinto.com



www.cuadernosdelaberinto.com

Carlos Augusto Casas

La risa de las hienas



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n° 38 —
MADRID • MMXXVI

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto

www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
© ALICIA ARÉS
www.absurdafabula.com

Imagen de cubierta: © «HAI Mole» ROGER HAUS, 2025

Control de calidad editorial ©
BEATRIZ GARCÍA MUÑOZ, LETICIA MERCADO Y ELENA MATA



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso en España por Copias Centro.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: MARZO 2026

Depósito legal: M-6941-2026
I.S.B.N: 978-84-18997-80-8



www.cuadernosdelaberinto.com

Para mis hermanas María y Ana

www.cuadernosdelaberinto.com

«Cuanto más malvada es una persona, menos siente que lo es»

SÉNECA

«...siempre se encuentran ventajas para prescindir de la verdad»

ADOLFO BIOY CASARES

«Todo es diversión. El ocio es lo único. Estoy muy desolado y cabreado»

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

www.cuadernosdelaberinto.com

La ciudad monstruo se chupaba los dedos de forma obscena tras devorar a sus hijos. Las tripas resonando metálicas al hacer la digestión. El bolo alimenticio compuesto por seres humanos se trasladaba por sus grises intestinos de hormigón para ser regurgitados más tristes, más ansiosos, más desesperados.

Los tres hombres caminaban despacio por el túnel del metro evitando las indiscretas vomitonas. Las botas militares de dos de ellos chirriaban contra el pulido suelo provocando dentera.

—Dicen que todos los tontos tienen suerte. Pero a mí me parece que solo los tontos creen eso. Tú, por ejemplo, has tenido suerte, sí, la mala suerte de cruzarte conmigo. ¿Ya estás grabando?

—Un momento, joder. La mierda del móvil chino este...

—Date prisa, coño, que ahora no viene nadie. Es lo único bueno que tiene el turno de noche.

—Mire, señor agente, yo le juro...

—Agente, dice. Guardia de seguridad para un sudaca de mierda como tú.

—¡Cuidado, cuidado, que se cae! Vaya pedo lleva el *cuca-racho*. Cuando quieras, ya estoy grabando.

—Nooo, no estoy en pedo. He tomado unos tragos, no más, con amigos...

Los guardias jurado rodeaban al borracho exhibiendo sus hirientes sonrisas desprovistas de alegría. Depredadores estudiando a su presa antes de atacar.

—A ver, Atahualpa, que ya no estás en la jungla con el taparrabos y la cerbatana. Esto es el metro, mi-me-tro. Y para circular por mi-me-tro necesitas un billete. ¿Dónde está tu billete, Atahualpa?

—Pues por aquí lo tengo que tener, deje que me mire...

—Tío, qué bueno lo de la jungla. ¿Has visto lo que se saca de los bolsillos? ¡Si son anuncios de putas! Igual alguna es su mujer y pretende hacernos precio.

—Atahualpa, Atahualpa, Atahualpa. Todos los putos sudacas tenéis el mismo problema. En cuanto se os pasa el asombro por tener agua corriente y luz eléctrica ya pensáis que sois europeos. Y lo que es peor, que podéis beber como los europeos.

—No sé dónde lo habré metido. Lo he debido de perder, licenciado, pero yo le pago lo que le tenga que...

—Licenciado te llama el gilipollas.

—No comprendéis que sois medio enanos y eso hace que el alcohol se os suba antes a la cabeza. Tiene menos cuerpo que recorrer.

—Dile que son chaparritos, igual así te entiende.

—Tengo dinero, ¿cuál es la vaina? Pago lo que ustedes me digan. Extravié el billete y tomé. Pues así. Yo trabajo y tomo cuando quiero, me gano buen dinero, no sé qué es...

—Si serenos no se callan, borrachos ni te cuento. ¿La apuesta era tío y gorra?

—2x1. Tío y gorra, 20 pavos.

—Tengo mis papeles, mi casa, mi permiso de residencia, trabajo en una frutería...

El puñetazo puso punto y final a la frase. Los fluorescentes parpadearon un momento, como si se negaran a contemplar la escena.

—¡Uhhh, macho, vaya hostión!

—Ahí lo tienes. 2x1. Tío al suelo, gorra a cinco metros. Me debes 20 pavos.

—¿Unas declaraciones para Canal Metro de Madrid? ¿No? Se te han pasado las ganas de dar la chapa, ¿eh, aborigen?

—Y el pedo. Una buena hostia enseña más que dos años de universidad. Igual hasta se le ha quitado el acento sudaca.

—¿Por qué me golpearon? ¿Qué les hice?

—No, sigue hablando igual de raro. Verás ahora qué número hasta que se ponga de pie.

—Venga, levántate, no des más el coñazo. Que no te doy con la izquierda para que no colapses las urgencias. ¡Levántate ya, coño!

—Mira, mira, mira. Deja que grabe esto. Si no se puede poner en pie de lo pedo que va el hijoputa.

—A lo mejor es que no me entiendes. ¿Saco la porra para que te lo explique ella?

Los gritos de dolor fueron amordazados por el sonido lejano de un convoy llegando a la estación.

—Vamos a darnos prisa, que igual viene alguien.

—Ya me voy, ya me voy, pero no me pegue usted más.

—La cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar...

—Así, muy bien. ¿Ves como sí que podías? Ahora te vas a tu puta casa, te pones el poncho, sacas a la vicuña a pasear, le das una paliza a la parienta, te follas a tu hija pequeña o lo que sea que hagáis los putos sudacas porque como te vea otra vez borracho y sin billete en mi-me-tro, entonces sí que vas a abusar de nuestro sistema público de salud.

—¿Puedo recuperar mi gorra, licenciado?

—Cógela y lárgate de una vez.

El hombre se alejó por los pasillos en un tambaleante intento de carrera. Desapareciendo arrastrado por las eternas olas de metal de las escaleras mecánicas.

—Qué vídeo más guapo, lo subo ahora mismo al foro. Mejor que el de las quinceañeras borrachas de Hernández y El Porras. Los compañeros se van a partir.

—Ese no lo vi. ¿Cuándo lo mandaron?

—El sábado pasado. Al final daba un poco de mal rollo porque las niñas se pusieron a llorar. Pero la sudacada es un valor seguro. Todos los viernes pillamos a algún *mamao*. Qué gente, cuando se ponen del revés puedes hacer con ellos lo que te dé la gana.

—A mí cada vez me dan más asco estos inmigrantes de mierda. Me debes 20 pavos.

El walkie tosió antes de escupir la voz.

—Colinas, Colinas, deja de tocarte los huevos y contesta. Cambio.

—Aquí Colinas, ¿qué quieres? Cambio.

—Los compañeros de Callao informan de que un hombre pregunta por ti. Dice que es urgente. Corre, que igual es tu novio. Cambio.

De noche, el cielo de Madrid era un gran hematoma que viraba del granate al negro ocultando las estrellas. En la plaza del Callao, jóvenes borrachos gritaban desaforados en un vano intento de simular ser felices. Tratando de retrasar el regreso a la monotonía de sus vidas no elegidas, a sus jaulas de rutina, a arrojar su tiempo en ese enorme vertedero al que llamamos trabajo. Uno de ellos encontró divertido orinar sobre un mendigo que dormía entre cartones en la entrada de una sucursal bancaria. El resto de jóvenes grababa la escena con sus móviles partiéndose de risa. A su alrededor, el viento nocturno insuflaba vida a los desperdicios de la plaza. Bolsas de plástico y envoltorios se perseguían dando brincos en una danza enloquecida, como pequeñas deidades bailarinas. El espectáculo dejó hipnotizado a uno de los jóvenes ebrios, que no podía apartar la mirada de la basura en movimiento. El grupo de juerguistas se percató de la presencia de un par de sonrientes chicas con minifalda esperando en la parada del autobús. «Hola, guapas, qué hacéis aquí tan solas, por qué no os venís con nosotros, lo pasaríamos bien, a estas les va la marcha, guarras, vaya pintas de golfas que tenéis, pero adónde vais, putas». Las chicas se levantaron aterradas, el corazón encogido. Tirando de sus abrigos para que les cubrieran la mayor parte del cuerpo, tratando de ocultarse de las miradas sucias, de las bocas sucias, de los deseos sucios. A la carrera y entre

vejaciones, se alejaron de allí abrazadas, sintiendo la necesidad de permanecer muy juntas. Habían dejado de reír. Al joven absorto en la danza de los desperdicios le dio por pensar que él era como una de aquellas bolsas de plástico. Iba de un lado a otro aparentando estar lleno de proyectos, de anhelos, de sueños, cuando en realidad estaba vacío. No había nada que valiera la pena en su interior.

—Basura en movimiento. Eso es lo que somos todos.

Dio un trago a la lata de cerveza y aquellos extraños pensamientos se desvanecieron.

El tipo esperaba en la plaza. Apoyado en la barandilla, al final de las escaleras de la estación. Un hijo de la madrugada. Uno de esos que no saben lo que es un despertador ni una oficina. Cazadora de cuero negra y vieja, igual que el cielo de Madrid. Barba por dejadez, no por moda. Cuerpo delgado pero amenazador, como si los músculos hubieran decidido concentrarse en torno a los huesos. Bulto bajo el brazo izquierdo. Fumaba. El humo expulsado por la nariz se mezclaba con el vaho provocado por el frío. La bruma le cubría la cara como una máscara. Parecía un dragón a punto de escupir fuego. Al verle, Colinas sintió alfileres clavándosele en el estómago.

—Núñez, es mejor que me esperes dentro.

—¿Seguro, Colinas? Ese tío da mal rollo.

—Tranqui, no tardo nada.

En cuanto su compañero traspasó la puerta de la estación, Colinas comenzó a subir los peldaños que le separaban de aquel hombre.